

813.
9.

PQ 2225
C748
262
v. 2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad de los Sres. J. Castro y Compañía.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid, 1871.—Imprenta de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, núm. 27.

TERCERA PARTE.

I.

La sala Louvois.

El 30 pluvioso, año IV de la República (19 de Febrero de 1796), era un gran día de fiesta, porque se había roto públicamente la plancha de los *assignats*, despues de una emision de cuarenta y cinco millares, quinientos millones, medida que no evitaba que cada luis de oro valiera siete mil doscientos francos en papel.

Aquella noche habia iluminacion en el teatro Louvois, iluminacion que hacia resaltar más aun la masa sombría del teatro de las Artes, comprado un año antes á la Montansier, quien lo mandó edificar asustando á los literatos, á los eruditos y á los bibliográficos, á cincuenta pasos de la biblioteca nacional, en el sitio en que hoy no se ven más que los árboles dando sombra á una bellísima fuente, imitacion de las Tres Gracias, de nuestro gran escultor German Pilon.

Este teatro que se llamó primero teatro Montansier y despues teatro de las Artes, fué más tarde el teatro de la Opera, hasta el día 13 de Febrero de 1820, en que asesinó en sus escalones al duque de Berri el guarnicionero Louvel, despues de lo cual se decretó su derribo.

Una larga fila de carruajes, que se extendia por la calle de Richelieu hasta la casa en donde hoy está la fuente Moliere, iba dejando una multitud de elegantes á la puerta del teatro Louvois,

espléndidamente iluminado, y desaparecía por la calle de Santa Ana en medio de los gritos de los mozos que se disputaban con los lacayos el abrir las portezuelas de los carruajes.

Porque las carrozas y los lacayos habían vuelto con los señores.

—*Se necesita un carruaje*, caballero, había dicho un pilluelo en la puerta de la Comedia francesa el mismo día de la ejecución de Robespierre, haciéndose heraldo de la aristocracia y saludando la llegada de la contra-revolución.

Y desde ese día volvieron á aparecer los carruajes más numerosos que antes. No diremos nosotros, como muchos historiadores, que desde aquel día terrible volvió Francia á levantar la cabeza.

No; lo antigua Francia había desaparecido en la emigración, en la plaza de la Concordia, como hoy se nombra, y en la barrera del Trono.

Una guillotina no era bastante en la plaza de la Revolución y pusieron otra en la barrera del Trono.

Era una Francia nueva la que aparecía, tan nueva que era casi desconocida hasta para los parisienses que la habían visto nacer.

Costumbres, trajes, aspecto, nada de la antigua Francia conservaba la moderna.

Si Racine y Voltaire, los grandes tipos del bello y correcto francés, hubieran vuelto al mundo, se hubiesen preguntado qué dialecto hablaban, los *increíbles* y las *maravillosas*.

¿Cuál era la causa de aquella transformación en las costumbres, en los trajes y en el lenguaje?

En primer lugar, Francia tenía necesidad de arrojar arena y extender alfombras sobre las manchas de sangre del reinado del Terror.

Además, como sucede en todas las innovaciones, había un hombre que se hizo eco de las necesidades del día; avidez para vivir, gozar y amar.

Aquel hombre era Luis Stanislas Freron, ahijado del rey Estanislao é hijo de Elia, Catalina Freron, fundador, después de Renaudot, del periodismo en Francia.

Estanislao Freron, en medio de las sangrientas excentricidades

de su tiempo, en medio de los Hebert, Marat y Collot d'Herbois, fué otra especie de mónstruo.

No creemos en esos caprichos espontáneos de la naturaleza.

Para que el hombre sea lo que fueron Collot d'Herbois, Marat y Hebert; para que, como locos furiosos, hieran á la casualidad en la sociedad, es preciso que justa ó injustamente les haya herido la sociedad; es preciso que, como al cómico Collot d'Herbois, les hayan atacado en su orgullo con los silbidos y la gritería de una sala; es necesario que, como Hebert, el vendedor de contraseñas, hayan sido lacayos de personas injustas y violentas, vendedores de contraseñas y acomodadores en la puerta de un teatro, sin ganar lo suficiente para aplacar el hambre.

Y por último, se necesita que, siendo como Marat, un aborto de la naturaleza, tengan que sufrir las burlas de todo lo que les rodea sobre su fealdad, y que, deseando ser médicos, no hayan podido llegar sino á veterinarios, teniendo que sangrar caballos en lugar de hombres.

Estanislao Freron se había encontrado también bajo el peso de una fatalidad.

Su padre, uno de los críticos más inteligentes del siglo XVIII, cometió la imprudencia de atacar á Voltaire, después de haber juzgado á Diderot, Rousseau, d'Alembert, Montesquieu y Buffon.

No se ataca impunemente á un talento gigantesco. Voltaire tomó con sus huesosas manos el *Año literario*, periódico que publicaba Freron, y no pudiendo desgarrarlo, como la Biblia, ni destruirlo, se arrojó sobre el hombre.

Todos saben cómo desfogó su cólera el autor de la *Escocesa*.

Cuántas injurias, cuántos insultos puede soportar el hombre, se los hizo sufrir Voltaire á Freron.

Se le golpeó como á un lacayo, se le humilló á él, á su mujer, á sus hijos, su honor, su probidad literaria, sus tranquilas costumbres, su irreprochable hogar doméstico.

Fué arrastrado por el teatro, cosa no vista desde Aristófane, es decir, desde hace más de dos mil cuatrocientos años.

Allí cada cual pudo silbarle, gritarle, escupirle en el rostro.

Todo esto lo vió Freron desde la orquesta sin quejarse, sin decir una palabra.

Vió al cómico que le representaba, y que por medio de la traición de un criado se había procurado un traje suyo; le vió, repetimos, imitar su aspecto, adelantarse en el escenario y decir de sí mismo:

—*Soy un tonto, un ladrón, un miserable, un mendigo, un venal folletinista.*

Pero en el quinto acto cayó desmayada una mujer que estaba en los palcos principales, lanzando un grito de angustia.

Al oír el grito, se levantó Freron exclamando:

—¡Mi mujer, mi mujer!

Un hombre ayudó á Freron para que saliera de la orquesta, en medio de las risas, los silbidos y la gritería.

Aquel hombre era Malesherbes, el hombre honrado que defendió á Luis XVI, y que al pagar con su vida su generosa intervención, dió cuerda á su reloj á las doce, como tenía de costumbre, sabiendo que moriría en la guillotina á la una.

A pesar de esto, á pesar de una carta despreciativa de Rousseau, quien en su ódio tendió la mano á Voltaire, Freron no retrocedió. Continuó ensalzando á Corneille, Racine y Moliere, á expensas de Crebillon, Voltaire y Marivan; pero en aquella lucha que sostenía aislado contra la *enciclopedia* en masa, cayó enfermo de cansancio. Sin fuerzas en su lecho, dictaba, y entonces supo que Miromenil, el guarda-sellos, acababa de suprimir el privilegio del *Año literario*, y que no solo estaba arruinado, sino también desarmado.

Dejó caer su cabeza sobre la almohada, lanzó un suspiro y espiró.

Gracias á la influencia de algunos protectores, obtuvo la viuda de Freron el permiso para su hijo para que continuase el *Año literario*.

El niño no tenía más que diez años, y su tío Royon y el abate Geofroy redactaron el periódico, señalándole parte del producto.

Alimentado con el recuerdo de los sufrimientos de su padre, desde muy joven sintió ódio por la sociedad.

La casualidad le hizo en el colegio de Luis el Grande condiscípulo de Robespierre, de modo que al estallar la revolución se encontró al lado de aquel hombre incorruptible.

Hasta aquel día no había sido el periódico más que una omnipotencia literaria; pero en manos de Marat se convirtió en omnipotencia política. Al mismo tiempo que publicaba Marat *El amigo del pueblo*, apareció *El orador del pueblo*, de Freron. En esta hoja se entregó á todos los excesos del hombre débil, que no sabe contener su crueldad porque tampoco ha sabido dominar su flaqueza.

Nombrado miembro de la Convención, votó la muerte del rey, y después fué enviado á Marsella con Barrás.

No se ignora lo que allí hizo: se sabe que ametralló, destruyó, y la historia ha consignado estas terribles palabras, pronunciadas después de un fusilamiento:

—Que se levanten los que no hayan muerto; la patria los perdona.

Y cuando de resultas de esta promesa se levantaron algunos heridos, resonó otra voz más terrible aun que el engaño sangriento:

—¡Fuego!

Y entonces nadie volvió á levantarse. Pues bien, repetimos que para que existiera ese odio contra los hombres en el corazón del procónsul, era preciso recordase el hijo que su padre no había recogido como recompensa de un trabajo asiduo y de su abnegación por los principios conservadores más que insultos y la ingratitud de los mismos á quienes defendía.

Aquel eclecticismo en el crimen le hizo abandonar el partido de Robespierre y unirse al de Tallien, tornarse en lugar de terrorista temidoriano, y denunciar á Fouquier-Tinville y á todos sus cómplices, primero unos y luego otros.

Se puso á la cabeza de la reacción anti-jacobina y creó esa dorada juventud á la que dió su nombre y que hemos nombrado la Francia moderna.

Lo que atraía, pues, á la juventud al teatro Louvois el 19 de Febrero de 1796 era su apertura bajo la dirección de la célebre Raucourt, quien había reunido algunas compañeras del teatro

Francés, y deseaba impulsar al público hácia la buena literatura, de la que era intérprete.

En aquella época todo se inclinaba á la política; la señorita de Raucourt no podia ménos tambien de inclinarse.

Bastante hermosa para desesperar á los espectadores, aconsejada por Brizard, apareció por primera vez en el teatro Francés en 1772, en el papel de Dido.

Pero de repente se esparcieron rumores extraños sobre su conducta, y á pesar de los versos de Voltaire, que la prometian la soberanía del escenario, y á pesar del estuche regalado por la condesa Du Barry, encargándola fuese juiciosa, se vió abandonada por sus admiradores, y la calumnia ó la maledicencia hicieron la silbaran sus detractores más encarnizados.

Agobiada por las deudas y no creyendo en los pronósticos de Voltaire, la hermosa criatura se refugió en el recinto del Temple, asilo de los deudores insolventes.

Impulsada por el génio de la tragedia, no podia permanecer desconocida. Una noche se evadió, atravesó la frontera, representó delante de los soberanos del Norte y regresó á Francia, en donde María Antonieta pagó sus deudas, lo cual contribuyó á acreditar los primeros rumores. La reina la hizo entrar en la Comedia francesa y presentarse al público en el papel de Dido, que le habia valido sus primeros triunfos.

Entonces fué cuando, entregándose á estudios sérios, reconquistó con su talento el favor del público.

Cuando á consecuencia de la representacion de *Pamela* ordenó la Convencion se prendiera á la compañía de la Comedia francesa, fué encarcelada en las Madelonetas con San Phal, San Prix, Larive, Naudet y las señoritas Lange Devienne, Joly y Contat.

El 11 termidor salió de la cárcel y estuvo algun tiempo en el teatro del Odeon; pero creyéndose alejada del centro, llevó en pos de sí á la sala Louvois á sus compañeros.

La sala Louvois se abria como hemos indicado bajo sus auspicios y con *Pygmalion* y *Galatea*, lo que permitia que luciera la señorita Raucourt sus magníficas formas en el papel de la Estátua:

además, tambien se representaba *Británico*, para que su talento sobresaliera en el papel de Agripina.

La prision de la Raucourt, bajo pretexto de adhesion al antiguo régimen, le valia las simpatías de aquella dorada juventud que llenaba la sala.

Si el lector quiere subir una de las dos escaleras que conducen á la orquesta y desea entrar en la sala, sea por el patio ó por el jardin, podrá echar una rápida ojeada sobre aquella deliciosa colmena, que, á primera vista, y por el roce del gró y del raso, por el brillo de los diamantes y la pedrería, parecia que estaba poblada por pájaros de los trópicos y mariposas del Ecuador.

Para dar una idea de los tocados y trajes de aquella juventud femenina y masculina, describiremos dos ó tres *increíbles* y dos ó tres *maravillosas*, de las que eran árbitras de los modelos de entonces.

Las tres señoras estaban, una en un paleo de proscenio y las dos en los del frente de la escena, unos y otros considerados como los de mejor tono.

Aquellas tres mujeres, á las que la admiracion pública llamaba hermosas, eran la bella señora de Tallien, española, la bella señora de Visconti y la bella marquesa de Beauharnais.

Eran las tres diosas que se dividian entre ellas el Olimpo; eran las tres gracias que reinaban en el Luxemburgo.

Teresa Cabarrús, la esposa de Tallien, ocupaba el proscenio á la derecha de los espectadores y representaba la Grecia personificada en Aspasia: lucia un vestido de linon blanco, que formaba anchos pliegues sobre un trasparente rosa. Sobre este vestido llevaba una especie de *peplum*, como Andrómaca. Dos bandas de laurel de oro sujetaban el velo, y á pesar del vestido de linon, del trasparente rosa y del *peplum*, se podia ver un cuello de cisne y un seno admirable. Un collar de perlas de cuatro hilos de un blanco sonrosado hacia resaltar la blancura mate de su cuello.

En lo grueso del brazo tenia brazaletes de perlas por encima de mitones rosa, que llegaban hasta el codo.

Hacia unos dias que habia dicho un periodista:

—Hace dos mil años que se llevan camisas, y esto es monótono.

La hermosa señora de Visconti representaba Roma, como se lo imponía su nombre, y comprendiendo la verdad de aquella crítica, había suprimido la camisa.

Llevaba un vestido de muselina blanca muy clara, con mangas anchas que permitían ver sus torneados brazos, modelados como los de una estatua griega: en su frente lucía una diadema de camafeos; un collar igual rodeaba su cuello; sus piernas y sus pies estaban desnudos, y como calzado lucía unas sandalias de púrpura, lo cual la permitían ostentar tantos anillos en los dedos de los pies como en los de las manos.

Un bosque de cabellos negros y rizados se escapaban de la diadema y caían sobre sus hombros.

Este peinado se llamaba á lo Caracalla.

En el palco de enfrente estaba la marquesa de Beauharnais, la que, con su gracia criolla, representaba la Francia.

Vestia un traje ondeado, rosa y blanco, guarnecido con flecos negros; no llevaba *fichú*.

Mangas cortas de gasa negra y guantes hasta el codo de color café con leche.

Tenia medias de seda blanca con extremos verdes, zapatos de tafílete rosa, y los cabellos peinados á la etrusca.

No llevaba alhaja ninguna y tenía á su lado á sus dos hijos, y parecía indicar, como Cornelia, la madre de los Graccos:

—Estas son mis alhajas.

Hemos hecho mal dándole el nombre de marquesa de Beauharnais; pues hacia unos días se había casado con un joven, jefe de brigada de artillería, llamado Napoleon Bonaparte.

Pero como sus amigos miraban aquel enlace como poco ventajoso, y no acostumbrándose á nombrarla la señora de Bonaparte á secas, continuaban llamándola en voz baja marquesa, aprovechando la vuelta de los títulos.

Las demás señoras que llamaban la atención, y sobre las cuales se fijaban los gemelos con insistencia, eran la de Noailles, de Fleurien, de Gervasio, de Staël, de Lausac, de Puysegur, de Pe-

regans, de Choiseul, de Morlais, de Recamier y de Aiquillon.

En cuanto á los tres hombres que imponían la moda, y que tenían el sobrenombre de *hermosos*, eran Tallien, Freron y Barrás.

En la Convención hubo otro que era, no solo tan bello como los tres, sino más aun; pero su cabeza rodó al mismo tiempo que la de Robespierre.

Era el hermoso San Justo.

Tallien, que andaba de palco en palco para volver con frecuencia al de su esposa, de quien estaba enamorado como un loco, llevaba el cabello levantado, con un peine de concha entre dos mechones que le caían sobre las mejillas; vestía frac oscuro con cuello de terciopelo azul celeste, corbata blanca con un gran lazo, chaleco blanco bordado, pantalón ajustado de nankin, con una cadena doble de acero para el reloj. Zapatos con puntas y bajos, media listada rosa y blanco, un *clac* debajo del brazo y que reemplazaba al gorro frigio del 31 de Mayo, y un bastón nudoso con bola y contera dorada en lugar del puñal termidor.

Freron, quien como Tallien revoloteaba de palco en palco, llevaba un sombrero de barco con escarapela tricolor, frac oscuro abotonado con cuello pequeño de terciopelo negro, el cabello corto á lo Tito, pero empolvado, pantalón ajustado, color de avellana, con botas altas.

Contra su costumbre, en lugar del bastón nudoso llevaba esa noche un junco y el puño lo figuraba una gruesa perla.

Barrás había tomado el proscenio que hacia frente á Mme. Tallien. Lucía frac azul claro con botones de metal, calzon de nankin, medias jaspeadas, botas anchas con vueltas amarillas, una enorme corbata blanca, chaleco con trasparente rosa y guantes verdes.

Este traje exagerado se completaba con un sombrero con penacho tricolor y un sable con vaina dorada.

No olvidemos que el bello vizconde de Barrás era el general Barrás, que había hecho el trece vendimiario, ayudado por el joven Bonaparte, cuyo rostro, sombrío como una medalla antigua, se destacaba en el palco de la marquesa de Beauharnais, en donde

acababa de entrar. Los demás que por su belleza llamaban la atención eran los Lameth, Benjamin Constant, Coster-San Victor, Boissy D'Anglas, Lanjuinais, Talleyrand, Ouvrard y Antonelle.

El cuadro que presentaba la sala hacia esperar con paciencia el anunciado en el escenario.

II.

Un hombre de otra epoca.

Este espectáculo parecia despertar la curiosidad de un espectador sentado hácia la orquesta, y que era objeto de la atención general.

Entre aquella multitud de jóvenes que lucian trajes de seda y terciopelo, con colores brillantes y cortados á la moda del 96, habia aparecido de repente, mereciendo tal vez mejor que Tallien, Barrás y Freron el epíteto de bello, un hombre de treinta á treinta y dos años vestido con el severo traje del 93.

Cortados los cabellos á lo Tito, pero largos y flotando en sedosos rizos sobre su pálida frente y acariciando sus mejillas.

Tenia corbata blanca, pero sin lazo exagerado: llevaba chaleco de piqué blanco con solapas, llamado á lo Robespierre, levita granate oscuro, y que llegaba hasta las rodillas, cuello holgado, calzon corto y botas altas.

Su sombrero era de fieltro, y pudiendo amoldarse á la forma que se deseara, y lo mismo que lo demás del traje, recordaba el 93, año que cada cual deseaba olvidar.

Habia entrado en la orquesta, no con la desenvoltura de los jóvenes á la moderna, sino grave y tristemente, pero con urbanidad.

A los que le impedian el paso les habia rogado, en un francés casi olvidado, que le permitieran pasar á su puesto.

Le habian abierto camino, mirándole con asombro, porque era en la sala el único que vestia como en otro tiempo.

Algunas carcajadas de las galerías y de los balcones habian acogido su llegada; pero cuando se quitó el sombrero y se apoyó en las butacas para inspeccionar el teatro, las risas cesaron, y las mu-